

# POTOTO

Félix POLO ETXANIZ

(A Iñigo Sanz, Juancar y Cruz)

Era chavalico y probablemente harto de hurgar escondrijos buscando caracoles contemplaba fascinado el caudal de agua turbulenta deshaciéndose en remolinos más abajo del puente, en la Fanderia, a donde había llegado de la mano de Pototo; que al escucharme alguna barbaridad relacionando al río rabioso con el latir grave de la máquina sentenció: “zuk dakizu”, egiten duzuna dakizulako; ez dakizun da, zergatik dakizu dakizuna” citando algún proverbio que enrevésó oportunamente para ponerme como siempre, contra las cuerdas metido en un carajo metafísico de cojón y cuello vuelto.

Pues el muy guasón aprovechaba hasta el agua, como las monjas, para convencerme de que no en todas las tierras la tenían abundante y regalada como nosotros entonces. Para aprobar precisamente lo contrario por ahí andaban unos amigos suyos de la Ribera navarra que debían tener este asunto lo bastante crudo como para acudir al vino a la hora de amasar los morteros empleados en la construcción de sus casas.

Aunque párvulo comenzaba ya a barruntarme el estilo de recochineo que conmigo gastaba el muy bellaco, pues cada vez que hallaba resquicio para encajarme algún embuste no podía evitar un tembleque de kokotxa y esbozar una sonrisa de misacantano que para sí hubiera querido aquel cura de Elizondo.

Pues como buen musulari, piscólogo dotado, conocía a las gentes más por cómo escuchaban que por aquello que decían. Y en esa ocasión no me debió encontrar muy convencido.

De modo que, al que no quiere caldo tres tazas, engordaba su crónica dando pelos y señales de su primer encuentro con los ribereños en unos Sanfermines a los que Pototo y colegas habían llegado con las alpargatas destrozadas tras haber pateado durante catorce horas y media el camino más corto que conocían entre todas las bidezidorras que unían Rentería y Pamplona.

Los navarricos, para no ser menos me decía, se desayunaban con un carrerón ante la torada, quitando importancia a la albañilería y alardeando de estar ellos mismos bautizados con vino, lo que hacía casi imposible tropezar con más recios anfitriones.

Mérito éste cuestionado por los renterianos, que les jeringaban apostándoles a que no señalaban en toda Navarra media docena de municipios, incluida Iruña, que acogieran mayor censo de navarros que Rentería. Y aquí principalmente los chillos, poniéndose muy picajosos, y la única manera de enderezar el chandrío era pasar esos días todos juntos venga que dar saltos.

Precisamente esos mozos les habían regalado a cambio de galletas, unas guindillicas que sólo verlas tiritaban las almorranas. Al extremo que de vuelta al txoko “uno” designó tres voluntarios para probarlas; pero “otro-uno” más meticuloso, encomendándose a Dios y al diablo, pues en ninguno creía, las ensartó por el ojete a un par de burros viejos aparcados en la cuesta del Topo. Los brincos y coces provocados por tan picantes lavativas dieron de un lado el resultado del control de calidad y de otro el volteo de cestas y marmitas rodando con estrépito hasta el Mercatuzaharra entre rebuznos y alaridos de los gamberros proclamando algún final en forma de estampida.

Otra exhibición más que puso a las etxeoandres como basiliscos y enajenadas se enredaron en feroces cotilleos por entre ventanas maquinando sanguinarios planes para diezmar a los rufianes de paso que amarraban unas tortícolis de aupa que aumentaban sus ansias de venganza llegando al paroxismo de comisionar a los hijos con el encargo de rescatar a los tunantes de la sidrería donde ya estaban despatchando la gran afari-merienda con excusa de las puñeteras guindillas.

Pero a las muy intrigantes también en esto les salía el tiro por la culata, ya que los enanos en lugar de dos boinazos lo que recibían era el consentimiento paterno para tentar el contenido de las kupelas, tirándose a la pitarra como fogoneros y agarrando unas diarreas de siéntate y aguanta la madeja. Para colmo, la media tajadilla aparejada a estos ritos iniciáticos ponía a las beatas marilocas del todo y se despepitaban amenazando a los vástagos con mandarlos a trabajar incluso antes de la comunión grande, celebrando ésta además sin traje de marinerito ni perifollos.

Lo que perseguían en el fondo era ponerlos a currar como galeotes trincándoles de paso el jornal so pretexto de administrarlo y resarcirse con creces de la inevitable sisa que practicaban sus cónyuges para financiar los vicios reglamentarios.

Tampoco colocar a los chicos constituía una hazaña pues había entonces en “la pequeña Manchester” trabajo para exportar. Curiosamente no les pasaba por la imaginación incorporarse ellas mismas al mundo del trabajo escudándose, las muy cucas, en que no estaba bien visto y otras majaderías por el estilo que pasarían a trocarse en reivindicaciones, dos guerras después, al aparecer el hembrismo.

Y como las muy pendencieras no disponían de análisis sociológico-históricos para escrutar en su pasado matriarcal, ni querían reconocerlo en las conciudadanas baserritarras que lo mantenían en vigor, se soltaban moños y melenas cambiando el luto y la botella de pattara por los hábitos y la cantimplora de saltarapetos, enzarzándose a novenas, promesas y lo que fuere menester con tal de ver a los maridos sometidos atrayéndolos hacia su existencia lineal regulada mayormente por el Santoral.

Santoral que ellos traían al garete porque los muy irreverentes, luego de trabajar a destajo, si no había Santo lo bajaban pasando de herejías con tal de justificar sus continuos desmadres que empezaban en lo viejo y acababan en S. Jean despidiéndose a la francesa para evitar explicaciones.

Porque se pasaban la vida haciendo cosas de esas que sólo se hacen una vez en la vida.

Pues la ley de vida era en Pototo, vivir y dejar vivir.

